

to, un ataque simultáneo con fuerzas de Acatlán y Matamoros; mas el jefe liberal se le anticipó, saliendo en su busca con sus fuerzas, de acuerdo con las del Coronel Osorio que deberían atacar por la retaguardia; y en el paraje llamado "Cuesta del Toro," se encontró de improviso con el enemigo, en número de 300 infantes y 150 caballos, á quien fué necesario batir, aunque no muy decididamente, dando tiempo á que el referido jefe Osorio llegara con su tropa al campo de batalla.

Los reaccionarios, alentados con ésto que juzgaron como debilidad é impotencia, cargaron sobre sus contrarios, quienes astutamente los sacaron al llano, y ya en éste, por medio de una carga vigorosa que les dieron con su caballería los jefes Carbajal y Palacios, fueron puestos en vergonzosa fuga, refugiándose los restos en la hacienda de Santa Inés, y cayendo prisionero el Mayor de órdenes, D. Nicolás González.

Encerrados ahí, como á las once se estableció un sitio aunque imperfecto; mas llegada la noche, aprovechándose de la obscuridad y de un aguacero copioso que cayó, Sánchez, el jefe de la destrozada fuerza, pudo evadirse de la finca, regresando con unos cuantos á Acatlán.

Rodríguez levantó el campo al día siguiente; y el activo Montañó que se aproximaba con su tropa al campo de batalla, en auxilio de sus correligionarios, tuvo que retirarse precipitadamente, al tener noticia del resultado de la acción de Santa Inés, que habría dado más felices resultados, si Osorio, cumpliendo lo pactado en la combinación relativa, hubiera concurrido, como era su deber, á tan notable hecho de armas.

Mientras esto pasaba por un rumbo del Estado de Puebla, Echeagaray era acerbamente combatido por el poco éxito de la campaña de Oriente, pues se decía que después de algunos meses de empezada ésta, ni había ocupado Perote, ó sea la fortaleza de San Carlos, ni logrado que Veracruz reconociera al Gobierno tacubayista.

Un periódico poblano decía á este respecto, y en defensa del asendereado Jefe:

"El Sr. General Echeagaray no ha hecho mas de lo que racionalmente podía esperarse de su bien conocida pericia militar y de su acreditado valor, puesto que con una escasa División desbarató com-

pletamente las numerosas fuerzas que acaudilladas por Llave, Alatraste, López y otros, ocupaban la mayor parte de los Departamentos de Puebla y Veracruz, obligando á los restos de esas tropas á encerrarse dentro de las murallas de la fortaleza de San Carlos ó de la ciudad de Veracruz, donde las enfermedades que reinan en la Costa los han diezmando."

Seguía enumerando los méritos de este Jefe, entre los que contaba su energía y actividad para hacer que abortaran las maquinaciones de los liberales, que *habían derramado el oro* para seducir á los soldados defensores del orden; y que á él se debía que Puebla no hubiera sido atacada, como habría sucedido, si su valiente División considerada como la roca invencible no contuviera los avances de los demagogos de Veracruz y Oaxaca, que se desbordarían como un impetuoso río sobre el Departamento de Puebla, que con dificultad podría resistirlos por la escasez de tropa, de armas y de dinero en que se hallaba.

"Que por lo expuesto, la campaña de Oriente, lejos de disminuir en un solo ápice la reputación militar de dicho Jefe que la estaba dirigiendo, había servido para aumentarla, en el concepto de los hombres sensatos que no se detienen en la superficie de las cosas, sino que las consideran como son en sí y hacen justicia al verdadero mérito."

Como puede colegirse del contexto de los párrafos que anteceden, la situación distaba de ser tan bonancible y halagüeña como la hacían suponer las noticias de los diarios conservadores, y las proclamas y partes rimbombantes de los corifeos de la reacción. La República se hallaba en ebullición completa, y su vasto territorio ofrecía el imponente espectáculo de una desapiadada y sangrienta lucha. Puebla participaba de esa violenta conmoción, y la parte Norte del Estado empezaba á entrar en una grandiosa fermentación, como vamos á demostrarlo.

Después de la pérdida de Orizaba, las fuerzas de Guardia Nacional de que se componía la Brigada Alatraste, sufrieron una casi total dispersión, y los ciudadanos que la formaban, así los Jefes como los Oficiales y tropa, empezaron á regresar á sus hogares, venciendo obstáculos sin cuento, pero con la resolución firme de lanzarse á la lucha en la primera oportunidad.

El triunfo de Filipinas, de tanta importancia para la causa liberal, y el retorno que llevamos dicho, de los Jefes y Oficiales á los lugares donde disfrutaban de consideraciones y merecidas simpatías, aceleraron el pronunciamiento contra la reacción en casi todas las poblaciones de alguna importancia.

La nube precursora de la tempestad, empezó á formarse en el Distrito de Huauchinango, abundante en recursos de todas clases, y cuyos pueblos de Pahuatlán y Jicotepec, designados como principales puntos de reunión, ofrecen incalculables ventajas para el ataque y la defensa en la guerra terrible de la montaña.

Hacia mediados de Julio, ciudadanos armados y sin armas, en pequeños grupos, empezaron á afluir á los lugares expresados: componíanse estas reducidas caravanas de la juventud florida de aquellas demarcaciones, henchida de entusiasmo y ávida por medir sus armas con los satélites del retroceso, y expulsar de aquellos contornos, saturados de un ambiente de libertad, á las turbas reaccionarias que sólo por un azar de la suerte ejercían en aquellos lugares, mansión de los hombres libres, su brutal y humillante dominación.

Con el poco armamento que había, enviado en su mayor parte por el Gobernador Alatríste, empezaron á organizarse cortas fracciones de tropa, sirviendo para ello de núcleo los contingentes de los pueblos de Tlacuilo, Pahuatlán, Jicotepec, Huauchinango y Zacatlán; á la cabeza de esas fuerzas, y con el carácter de Coronel, se puso el ciudadano Antonio Téllez Baquier, sujeto apreciable, de elevada posición social, y partidario decidido de la libertad y de las instituciones democráticas.

Sus agentes, ó sean sus principales colaboradores, eran ciudadanos distinguidos que habían dado muestras de su entereza y civismo, contándose entre ellos los Diputados Márquez Galindo y Andrade Párraga; Pedro González, Manuel Herrero, Antonio Galindo, Mariano Domínguez, Vicente Márquez Galindo, Rafael, Agustín y Francisco Cravioto, Carlos y Fernando Andrade Párraga, Antonio Galeote, José de la Luz Ramírez, Rafael Cabrera, Fernando Lechuga, Francisco Balderrábano, y otros no menos importantes, vecinos todos del rumbo.

Organizadas convenientemente las fuerzas, dieron principio á sus operaciones ocupando Huauchinango, y emprendiendo algunas co-

rrerías por las poblaciones cercanas como Ahuazotepec, Acaxochitlán y otras.

Esto pasaba en Agosto; y el enemigo que en un principio no creía ser de tanta importancia aquel movimiento, tuvo que rendirse á la evidencia, aunque fuera de tiempo, y para ese fin, organizó una poderosa expedición ya casi al concluir el referido mes.

En efecto, en la ciudad de Tulancingo, baluarte importantísimo de la reacción, se hacían grandes aprestos; y el Jefe de esa plaza, General Escobar, teniendo á sus órdenes á los Coroneles Daza Argüelles y Eugenio Paredes, salió de ella con fuerzas numerosas, dirigiéndose para Huauchinango, cuyo lugar que no ofrece ningunas condiciones para la defensa, fué abandonado por los constitucionalistas que ocuparon desde luego el punto llamado Necaxa, posición ventajosa, y por lo tanto, muy competente para resistir.

El enemigo, casi seguro de su triunfo, en razón de los cuantiosos elementos de guerra con que contaba, salió ya de Huauchinango en persecución de la fuerza liberal, la mañana del 28 de Agosto: el camino que tenía que recorrer, muy quebrado en las inmediaciones de dicha población, se ensancha como á dos leguas por medio de un llano de larga extensión, desde el pueblo nominado Cuautlita, y sigue así hasta el dicho Necaxa, habitado en su totalidad por individuos de raza azteca pura.

Un río caudaloso, sin puente, circuye el frente de éste último pueblo, pasado el cual se eleva el terreno de una manera notable, formando un estrecho desfiladero, flanqueado por grandes y abruptas montañas, y donde se establecieron pasajeras fortificaciones.

En este lugar instalaron los constitucionalistas la parte principal de sus fuerzas, que apenas contaría unos 200 hombres, quedando asegurada su retirada, en caso de un revés, con el resto de ellas, colocadas á retaguardia en el comienzo de la gran cordillera de aquella imponente y dilatada serranía.

A las once de la mañana se avistó la fuerza reaccionaria, llevando á la vanguardia al Escuadrón de Chignahuapan, que era el caballo de batalla en lances como el presente; y antes de dar principio á las hostilidades, los invasores solicitaron un Parlamento, según los usos y costumbres de la guerra: verificado éste, nada se obtuvo favorable, y en consecuencia se dió principio al combate.

Gruesas columnas de infantería descendieron por la parte opuesta de las posiciones liberales, mientras que la artillería colocada en la cúspide de la vertiente occidental, lanzaba una gran cantidad de proyectiles: su empuje aparecía formidable, pues que, arma al brazo y á paso de carga, emprendieron el ataque, con el ánimo al parecer de pasar el río y asaltar el terreno ocupado por sus contrarios.

Estos esperaban serenos el choque: se había dado la orden de no disparar sino cuando el enemigo, habiendo pasado el río, estuviera á tiro de pistola; mas la impaciencia ó falta de disciplina de algún soldado, hizo fracasar tan oportuna combinación, en cuya virtud, roto el fuego en las filas liberales, antes del tiempo prefijado, el Jefe de los asaltantes tuvo ocasión de formar juicio exacto de lo inespugnable y bien defendido de aquellas excelentes posiciones, y mandó en el acto dar media vuelta, retrocediendo en desorden hacia el punto de partida, dejando en el campo algunos muertos, varios heridos y bastantes prisioneros.

Algunos de sus soldados que iban de vanguardia, se ahogaron al repasar el río; y como no se disponía de caballería, no pudo emprenderse la persecución que habría dado buenos resultados, coronando debidamente la obra del valor, del patriotismo y la perseverancia.

Los reaccionarios se retiraron precipitadamente, llegando ya de noche á Huauchinango, y al día siguiente emprendieron su marcha para Tulancingo: los vencedores reocuparon la población de donde habían salido pocos días antes, y á la que retornaban orgullosos ostentando el laurel de la victoria: los frutos de ésta, muy favorables para la buena causa, pronto se hicieron sentir, pues las fuerzas triunfadoras, reorganizadas convenientemente, y en actitud imponente ante un enemigo aterrorizado, comenzaron á ensanchar su esfera de acción, saliendo en considerable número para la ciudad de Zacatlán.

Esta población, cuyo vecindario honrado y liberal había tenido que sufrir por algún tiempo la dominación conservadora, vióse al fin libre de tan funesta plaga, y la noche del 1º de Septiembre abrió sus puertas, en medio de las demostraciones del más puro regocijo, á las huestes liberales, que la ocuparon definitivamente.

Una sección de tropas, en número de tres á cuatrocientos hombres

de infantería, con un cañón de pequeño calibre, hizo su solemne entrada, trayendo á su cabeza al Coronel Téllez Baquier, del que llevamos hecha mención, y como Jefes subalternos, mandando sus respectivas fuerzas, á los ciudadanos Rafael, Agustín y Francisco Cravioto, Manuel, Carlos y Fernando Andrade Párraga, de Huauchinango; Pedro González, de Tlacuilo; José de la Luz Ramírez, de Pahuatlán; Fernando Lechuga, Francisco Balderrábano y Manuel Cabrera, de Jicotepec; Manuel Herrero, Ramón Márquez Galindo, Mariano Domínguez, Antonio Galeote, y otros de menor importancia, de Zacatlán.

El Gobernador del Estado, Lic. Alatríste, con fecha 27 de Agosto, nombró Prefecto del Departamento al Coronel ciudadano Juan Nepomuceno Méndez, quien, desde poco después del memorable hecho de armas de Filipinas, se hallaba en Tetela organizando fuerzas y allegando recursos para continuar la lucha: llegó desde luego, al frente de una fracción de aquellas, al desempeño de su cargo, trayendo de Secretario de la Comandancia Militar al entonces subalterno, Juan Crisóstomo Bonilla, que más adelante y en virtud de importantes servicios, había de adquirir un justo renombre, y de Jefe de la expresada fuerza, al mayor Ignacio López; en cuya virtud, Zacatlán vino á ser el punto céntrico de las operaciones militares del rumbo, y el lugar de cita para la concentración y permanencia de tropas, provenientes de diversos rumbos.

El día 8 de Septiembre, en corroboración de lo que antecede, la guarnición de la plaza referida, salió en dirección al rumbo de Chignahuapan, á proteger el paso de la fuerza de caballería del famoso guerrillero Carbajal, D. Antonio, que por vez primera se presentaba en aquellos contornos, procedente del Estado de Tlaxcala, donde, debido á su valor y actividad, pudo poner en pie de guerra una corta sección de tropa con la que empezó desde luego una campaña tan audaz como admirable, en contra del poder reaccionario.

Mucho ha dado que decir la presencia de este Jefe en las filas constitucionalistas; y nosotros, antes de continuar el relato que tenemos emprendido, creemos conveniente consignar las reflexiones siguientes:

“Aquí debemos detenernos ante un hecho, dice el Sr. Vigil, harto frecuente por desgracia, en la historia de los disturbios civiles.

“Los partidos beligerantes, no teniendo á la mira más que el triunfo de sus respectivas causas políticas, previa la destrucción de sus enemigos, han sido poco escrupulosos en la elección de los medios, acogiendo bajo sus banderas partidas indisciplinadas, compuestas de foragidos sin ley ni freno que contuviese sus depravados instintos. Azote destructor de los pueblos, más que adversarios políticos, los servicios que pudieran prestar al partido de que se decían defensores, fueron siempre pagados muy caros, pues representaban la fortuna, la honra y la vida de multitud de víctimas sacrificadas á sus salvajes pasiones.

“Diráse tal vez que una necesidad ineludible ha obligado á los partidos á echar mano de semejantes recursos en las épocas de lucha armada, puesto que todos han obrado de la misma manera; será así, pero no es menos cierto que él ha sido germen fecundo de inmoralidad, cuya perniciosa influencia se ha hecho sentir cuando una de las facciones ha logrado constituirse en Gobierno.

“La obligación primordial de éste, sea cual fuere la norma á que ajuste sus actos, es asegurar sobre firmísima base las garantías naturales de que debe gozar el individuo en toda sociedad civilizada; pero como sigue al poder triunfante la atmósfera de desorden que respiró en los días de prueba; como se encuentra rodeado de una especie de aristocracia exigente y engreída con servicios que encarece fuera de todo límite; como se ve obligado, so pena de pasar por ingrato, á recompensar esos servicios, de ahí resulta un elemento perturbador que embaraza la marcha del gobernante mejor intencionado, pues mal pueden avenirse con el orden y la moralidad que exige una administración bien constituida, los hábitos contraídos en la guerrilla, donde no hay más ley que la fuerza, ni más árbitro que el capricho de la fortuna.”¹

Los conceptos que anteceden, admirablemente descritos, y de una elocuente y rigurosa aplicación práctica, presentan una de las fases más notables de nuestras guerras intestinas; pero al deber de narradores imparciales que somos, incumbe el hacer una verídica aclaración.

En esas luchas, como dice muy bien el escritor aludido, han en-

1 Vigil.—México á través de los siglos, tomo V, página 325.

trado en mucha parte elementos nocivos que envenenando las cuestiones, han retardado el triunfo de las buenas causas, han pervertido el espíritu público y hecho hasta odiosas las más bellas conquistas de la civilización.

La presencia de Carbajal en el campo de los constitucionalistas, produjo una escisión en sus filas: abundando en éstas los hombres honrados y de moralidad estricta, una protesta sorda al principio, y después una manifestación hostil, fueron el resultado de esa inconformidad que se hizo muy perceptible, por la desconfianza y el malestar que produjo en sus comienzos, y más tarde, por el desconcierto y la tibieza que observó en las operaciones de la guerra.

Hombres como Méndez, Márquez Galindo, Bonilla, Ramírez, Andrade Párraga, Dimas López, Juan Francisco, y otros de la misma índole, que poseían ideas de orden y probidad, en sumo grado, no podían presenciar impasibles la consumación de hechos odiosos y atentados criminales, invocando para ello la Constitución de 57; y siendo impotentes para reprimirlos con mano enérgica, se retiraron á sus hogares, altamente contrariados, antes que hacerse cómplices con su forzado silencio, de esos desmanes que constituían una mancha en la bandera de la libertad, que dejaban una huella sangrienta en la marcha asoladora de la guerra, y en la más completa impunidad á Carbajal, su principal corifeo.

Este individuo, valiente y astuto, aunque nada escrupuloso en materia de intereses y propiedades ajenas, era ya el terror de los reaccionarios del Estado de Tlaxcala, á quienes combatía siempre con un éxito brillante, lo mismo que á las tropas del llamado Gobierno de Zuloaga, las cuales, bajo la dirección de diversos Jefes y partiendo de distintas direcciones, trataron de batirlo y eliminarlo de la escena política, durante la tormentosa y sangrienta “Guerra de Reforma.”

Su permanencia obstinada en la ciudad de Tlaxcala, y su retirada cuando era necesario, al inmediato “Cerro Blanco,” lo mismo que sus continuos asaltos á las Garitas de Puebla y entrada en los barrios más populosos de ésta, como “La Luz” y “El Alto,” después de actos de audacia y de valor que dejaban admirados á sus enemigos, dan la medida de su valentía y arrojo, que lo hicieron tan notable como temible.

Joven, de figura interesante y hasta simpática, era por intuición un guerrero terrible: dotado de un temple de alma superior y de una voluntad de hierro, y por lo tanto, incontrastable, supo imponerse y hasta cautivar á sus indómitos soldados, acometiendo y llevando á cabo atrevidas y sorprendentes empresas que causaron espanto y admiración.

Rodeado siempre de enemigos implacables que juraban y perseguían su exterminio, Carbajal, se hizo célebre, además, por su energía y espíritu organizador, y más que todo, por su serenidad y bizarría en los combates, que lo hicieron distinguirse durante su corta aunque azarosa vida.

Jamás sufrió una sorpresa ni mucho menos una derrota: sus retiradas que hacía con frecuencia en medio del enemigo y en una larga correría, eran un modelo de previsión y arte militar, pues siempre que las practicaba era bajo el mejor orden, en presencia del enemigo, y precedido de un gran convoy de municiones de boca y de guerra, que ministraba á sus tropas todo lo necesario, donde quiera que se encontraran.

Mucho tiempo se mantuvo en la Zona de Oriente, siendo el terror de sus contrarios; y cuando más tarde, teniendo á sus órdenes una fuerza respetable compuesta en su mayoría de todos los desechos sociales, pero también de todas las energías, trató de prestar sus servicios en mayor escala, á fin de hacerlos más fructíferos, abandonó la parte de la Nación en que había maniobrado y se lanzó al Interior de la República, hallándose en distintas acciones de guerra tan notables como la de Tepatitlán, el 1º de Noviembre de 1860, en que quedó derrotado el malhadado D. Leonardo Márquez, que acudía presuroso en auxilio de la ciudad de Guadalajara, rendida á la vez al Ejército constitucionalista después de un asalto memorable.

Precedido de cierta fama, éste era el Jefe que, como llevamos dicho, llegaba por primera vez á una de las poblaciones más importantes de la Sierra Norte del Estado de Puebla, con el objeto de prestar sus servicios en las filas liberales: su escasa tropa, que apenas contaría unos cien hombres, perfectamente montados y armados, era digna de quien la mandaba, pues compuesta de individuos atrevidos y resueltos, podíase intentar con ella las más atrevidas empresas como más adelante lo demostraron los hechos.

Conseguido el *paso* sin obstáculo alguno, pues el enemigo de Chignahuapan se abstuvo de toda demostración hostil, Carbajal entró en Zacatlán el referido día ocho, y allí permaneció algunos días: el 16 del mismo, en los momentos de estarse preparando las autoridades, el vecindario y la tropa, para celebrar el glorioso aniversario de la proclamación de la Independencia, el Sr. D. Ignacio López, hacendado del rumbo, é identificado con la causa liberal, llegó á toda prisa y dió parte de que por terrenos de Ayotla, ranchería que dista unas tres ó cuatro leguas de Zacatlán, pasaba en esos momentos una fuerza reaccionaria, procedente de Tulancingo, y con dirección al pueblo de Chignahuapan.

La autoridad militar conservadora, residente en el primero de aquellos lugares, y que había estado gobernando omnimodamente en el rumbo, comprendió aunque tarde, la importancia del triunfo de Necaxa, y la de las demás operaciones militares que se estaban verificando en su derredor, y que eran como su legítima consecuencia; en tal virtud, creyó oportuno reforzar la guarnición de Chignahuapan, poniéndola en alta fuerza á fin de contener el avance de los constitucionalistas que cada día se ensanchaban más, amenazando invadir y someter á las poblaciones comarcanas, incluyendo al mismo Tulancingo; por lo tanto, y en vista de las emergencias que pudieran surgir, se organizó una expedición cuyo mando se dió al Coronel Saravia, y ésta era la de que estamos tratando.

No había tiempo que perder, si se quería asegurar un resultado plausible, pues la fuerza de Chignahuapan, en regular número, se aproximaba por su rumbo, al teatro del combate, para favorecer el movimiento de unión con la de Tulancingo; por cuya razón las tropas desfilaron á paso veloz por las lomas del barrio de San Sebastián, en busca del enemigo al que encontraron á poco, pues la distancia que los separaba era corta: el combate se trabó en el acto, siendo demasiado reñido, pues la tropa reaccionaria, posesionada de las cercas de piedra que sirve de límite divisorio entre aquellas propiedades rurales, opuso una resistencia digna de mejor causa; mas al fin nada resistió á las terribles embestidas de los constitucionalistas que arrollaron á sus contrarios, después de tres horas de combate, con la particularidad de haber tenido que luchar la infantería contra la caballería en terreno llano, y viceversa.

El enemigo emprendió la fuga, dejando abandonados sus muertos y sus heridos: se le hizo un regular número de prisioneros, y se le quitó una pieza de montaña del calibre de á 12, trofeo éste de inapreciable valor, pues que, el único cañón que tenían los liberales, reventó durante la pelea, hiriendo gravemente á varios de los que lo servían, y que fueron, el capitán del arma, ciudadano Ignacio Villagas, el cabo Vicente Ferrer y cuatro ó cinco soldados.

La persecución se emprendió de una manera tenaz, recogiendo los ópimos frutos de ella, consistentes en armas, caballos, provisiones, y hasta el equipaje del jefe, quien huyó á escape con algunos de sus principales subordinados; y ya casi entrada la noche se acabó de levantar el campo, retornando á Zacatlán la fuerza triunfadora, al mando de sus Jefes Téllez Baquier y Méndez, y la cual fué recibida con música y repiques, mientras los enemigos, perfectamente escarmentados, se dispersaron por todos rumbos.

El fruto principal que se obtuvo de esta victoria, fué el abandono de la plaza de Chignahuapan, que hizo el enemigo, en medio del espanto y la precipitación: alejado de ahí, las comunicaciones quedaron expeditas y removido un tan grande obstáculo, cual era la presencia de un adversario activo y emprendedor, que se recomendaba por sus instintos salvajes de exterminio y de rapiña, bien abastecido de elementos de guerra, conocedor práctico del terreno y fanático decidido de la "Religión y fueros."

Los restos salvados de la catástrofe se refugiaron en Tulancingo, y la plaza de Chignahuapan fué ocupada por tropas procedentes de Zacatlán, que la conservaron con ligeras interrupciones hasta la terminación de la guerra.

CAPITULO VIII.

Ataque y toma de Acatlán por fuerzas constitucionalistas.—Otros hechos de armas.—Fortificase la Plaza de Puebla.—Proclama del Gobernador Noriega.—Combate de "Dos Cerritos."—Idem de Ixtepec.—Idem de Tlacotepec.—Toma de la fortaleza de Perote.—Parte de Echeagaray.—Sangrientas ejecuciones.—Comentarios de la prensa reaccionaria.—Derrota de Amador en San Pablo Apetatitlan.—Siguen los combates.—Llegada de Echeagaray á Puebla.—Su recepción.—Bañuelos en las Garitas de Puebla.—Proclama del General Díez de Bonilla.—El General Pérez, Gobernador y Comandante Militar del Departamento.—Felicitaciones que recibió.—Llegan fuerzas constitucionalistas hasta la Ladrillera de Azcarate.—Alarma en Puebla.—Salen fuerzas á perseguirlas.—Proclama del General Pérez.—Derrota de reaccionarios en Ixcaquistla.—Pronunciamiento de Navidad, por Echeagaray.

Después del combate de la "Cuesta del Toro," y del de la Hacienda de Santa Inés, que dejamos descritos en el capítulo anterior, el Jefe constitucionalista Rodríguez, preparó la toma de Acatlán; pero antes, participó el resultado de las operaciones militares que llevaba efectuadas, al Gobernador Alatríste quien en contestación le dijo que, "no solamente aprobaba sus actos, sino que lo facultaba para que siguiera trabajando sin descanso en bien de la Patria, y para el efecto, lo nombraba Jefe Político de Tepeaca y Comandante Militar de esa línea que comprendía los distritos de Tecali, Tecamachalco, Acatlán y Matamoros.

Armado con esa investidura, se puso de acuerdo con D. Luis Mejía que mandaba en Huajuapán de León, y hacia mediados de Septiembre de ese año de 58, se emprendió formalmente la empresa de Acatlán, ocupando aquel Jefe el "Cerro del Tecolote," y Rodríguez el del "Coyol," ambos situados en los suburbios de la población.